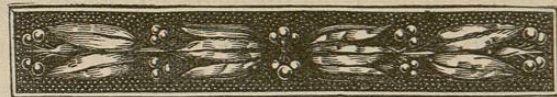


... y quisiera que...
... que a aquellas...
... y tanto...
... la Providencia...
... lecciones...
... y os...
... de estudiar...
... provean...
... vuestras...
... lumbre...
... sea...
... y esta...
... por medio...
... de la...
... nos...
... cuando...
... como...
... esta...
... cumplir...
... porque...
... de...
... que el...
... de...



DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
DE NIÑAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE SAN LUIS
POTOSÍ, EL 31 DE JULIO DE 1888.



AUNQUE ausente de vosotras, he seguido paso á paso vuestros progresos. Informado minuciosa y frecuentemente por vuestras superiores de cuanto pasaba en esta querida casa, mis ojos, es cierto, no os veían; pero mi corazón y mi mente aquí se encontraban, y tenía de todo noticias exactas, más quizá que si hubiera residido entre vosotras. Estaba, pues, tranquilo, sabiendo que prosperaba este plantel, y que prosperaba en mi ausencia y sin mi intervención. Esto es lo que más me regocija. ¿De qué sirve un establecimiento que no puede marchar por sí solo, y ha menester de determinada persona que lo esté conduciendo por la mano? Semejaría á un reloj cuyas agujas tuvieran que moverse con el dedo. No así la máquina, ya perfecta, de esta institución. Dado el primer impulso, he visto con sumo contento que se mueve por sí sola y que ya no ha menester de mí. ¡Gracias sean dadas al Señor! Ya está de veras *fundado* el Colegio del Sagrado Corazón.

Como acabo de llegar de un largo y variado viaje, en que he visitado tantos colegios semejantes al vuestro, se me figura que más que otra cosa os agrada tener noticias de las que con razón podéis llamar vuestras hermanas, y oír comparaciones, aunque en algunos casos sean poco favorables. Ante todo daré testimonio de la benévola y cordial acogida que en todas partes he encontrado. Dondequiera sabían vuestra historia, y os conocían, y conocían á vuestro Pastor. En cada colegio se me figuraba estar entre vosotras; tan parecidos son los usos, tan uniforme el método de enseñanza. Á pesar de la diferencia de climas y países, de arquitectura y gustos, parece que la misma mano ha trazado los planos de las salas de estudios y de los dormitorios, de clases, aposentos, recibidores, vestíbulos. Sólo ¡ay! me causaban envidia los jardines amenos, y los parques y bosques de tantas casas, y suspiraba al pensar que, á despecho de mis esfuerzos y deseos, es imposible proporcionaros un terreno espacioso donde podáis hacer el ejercicio necesario, y gozar de la hermosura de la naturaleza. Contentaos con mirar, desde vuestros elevados corredores, los árboles de la huerta que en otro tiempo estuvo unida á este edificio, y que todavía os es dado contemplar. ¡Cuánto pensaba en vosotras y en vuestros polvorosos patios, al pasearme por el florido y vastísimo jardín, y el bien poblado verjel de la hermosa casa del Sagrado Corazón de Dublín. “Demasiado lujoso es todo esto para nosotras,” me decían las amables profesoras. Con interés me preguntaban por algunas de sus antiguas alumnas que han venido á prestaros sus generosos servicios. Con atención escuchaban los informes que podía

yo darles acerca de vosotras y de las numerosísimas alumnas de la escuela de pobres.

Cuando volví á ver la bien conocida casa de Roma, más que nunca volaron mis recuerdos hacia esta mansión. Se parecen tanto los claustros á éstos, las celdas á las vuestras: como que es un antiguo convento, con una iglesia anexa, que es la única que puede competir con la vuestra, entre todas las que poseen las casas del Sagrado Corazón. La reja que divide al pueblo de las educandas me sirvió de modelo para la que hice poner en el templo del Carmen; y ahora que después de tantos años torné á verla, me hizo recordaros más vivamente. Por ese bello santuario, por aquellos espaciosos claustros, desfiló el 8 de Diciembre la conmovedora procesión de *las azucenas*, que seguí devoto á la luz de las antorchas que hacían más patético el piadoso espectáculo.

Jamás podré olvidar el grandioso panorama que se contempla desde el elevado mirador de la casa de Portici. El Vesubio, con su manto de roja lava, le presta á veces su sombra y á veces la ilumina. Enfrente se mira la gloriosa Parténope con sus palacios suntuosos y sus iglesias sinnúmero; y por todos lados se admira la bellísima bahía de Nápoles, con sus floridas riberas, sus pintorescas islas y sus innumerables barcos. Cuando recientemente disfruté de vista tan encantadora, se verificaba en la vecina Nápoles nada menos que el milagro de la liquidación de la sangre de San Genaro; y á la no menos vecina Pompeya acudían piadosas multitudes, no á visitar las ruinas maravillosas de la desenterrada ciudad, sino á venerar el portentoso santuario de la Reina de los Cielos, allí adorada con especiales cultos. Preci-

samente de aquel colegio volví á la Catedral Napolitana, y pude con mis propios ojos contemplar el milagro que, por disposición de la Providencia, cada año se repite al colocar la sangre, ordinariamente en estado de coagulación, frente al cuerpo del glorioso Mártir.

¿Os hablaré de las casas del Sagrado Corazón en París, y de los numerosos velos blancos que allí recrean la vista del cristiano á quien es dado penetrar en aquel *Sancta Sanctorum*? ¿Qué consuelo es para el católico el ver que, á pesar de lo aciago de los tiempos, el Señor llama á sí continuamente un sinnúmero de almas que aspiran á seguir de cerca al Cordero sin mancha. Más de una y de dos veces, en el espacio de pocas semanas, pude asistir á los místicos desposorios de muchas vírgenes del Señor, que encendidas en la divina hoguera de su amoroso Corazón, se consagraron á Él para siempre y le juraron eterna fidelidad.

En este mismo Continente me fué dado presenciar, en Nueva York, la solemne distribución de premios; y después de oír los melodiosos cantos de las numerosas alumnas, de ver á muchas de ellas coronadas de flores y ostentando los codiciados medallones y las bandas azules y verdes que recompensan el mérito, les dirigí la palabra como ahora á vosotras, con la misma paternal confianza con que á vosotras os trato, y sintiendo que allí, lo mismo que aquí, estaba en mi casa. ¡Oh cuán dulce es la fraternidad en el Sagrado Corazón!

No de vistas grandiosas ni de amenos jardines, pero sí de una soledad deliciosa y de paisajes rústicos sin igual en el mundo, disfruté hace muy pocos días en un lugar cuyo nombre os es bien conocido y que se pronuncia aquí

con frecuencia: en el Grand Côtéau. Allí, bajo aquellos árboles seculares, hollando la verde grama que jamás agostan los rayos del sol, rodeado de muchas que fueron vuestras compañeras, y que bien conocéis, hablé con ellas de vosotras y de esta no olvidada casa, de vuestras esperanzas y de vuestros temores, de vuestros adelantos y de vuestra constancia.

Pero donde más que en ninguna parte gocé; donde más que en ninguna parte fuí obsequiado y mimado; donde más que en ninguna parte, por causa de vosotras y para vosotras, se me mostró sin igual cariño y se me trató con exquisita finura, fué en la inolvidable casa de Sarriá. Sin aquel refinamiento á que ha llegado la floricultura de las Islas Británicas, es delicioso el jardín, como lo son el bosque, y el prado, y las barrancas, que se hallan dentro del recinto murado del establecimiento. Sin el exquisito lujo de algunas casas de los Estados Unidos, es grandioso y elegante el edificio; y su parte antigua, aún intacta, le da aquel aspecto grave y monástico que tanto excita al recogimiento, y tanto añade á la majestad de una mansión de este género. No es el Vesubio con su belleza, pero también con sus peligros, el que le presta abrigo; pero sí el histórico castillo de Monjuich, erizado de cañones que festejan aún, como conviene en un país católico, las solemnidades religiosas; que truecan cuando el Rey de los Reyes Sacramentado recorre las calles en solemne procesión, y que sirven de eco sonoro y aterrador á las campanas que anuncian el *Angelus Domini*. No es la bahía de Nápoles la que se divisa desde su elevado mirador, sino el vasto puerto de Barcelona, poblado, la última vez que lo ví, con las escua-

dras más numerosas é imponentes que hayan visto los siglos. ¡Cuán bella rielaba la luna sobre las ondas del mar! ¡Cómo se miraba el río Llobregat, recorriendo los campos cual serpiente de plata, y precipitándose en el Mediterráneo! Sin tener las dimensiones de la Trinità de Monti ó de nuestro Carmen, es más que capilla el gótico Oratorio, y contiene cómodamente en su vasto y adornado recinto, á profesoras y alumnas, congregaciones diversas y á numerosos fieles.

Lo que mejor puede daros idea de cuánto os aman y recuerdan allí, es el breve discurso que graciosa niña me dirigió la primera vez que me albergué en aquellos queridos muros, después de una preciosa comedia y de un hermoso *cuadro plástico* lleno de lisonjeras alusiones y de delicadísimas alegorías. Escuchadlo:

“Quiso un día Santa Teresa inspiraros, Ilustrísimo Señor, el deseo de consagrar un santuario del Carmelo al culto del Corazón Santísimo de Jesús, y hoy ha querido también la Santa presentarse en su juvenil edad haciéndoos nuevos encargos del Corazón de su Dios. Parécenos, Ilustrísimo Señor, que os ha hablado de esta suerte: Mirad á estas alumnas confiadas á mi amparo y patrocinio: hijas vuestras quieren ser también como las predilectas de San Luis Potosí; unidlas todas bajo un mismo vínculo de paternal afecto, y al postraros á los pies del Vicario de Jesucristo, que su bendición alcance, para las unas y para las otras, una parte de ese raudal de gracias que se derramará en la Ciudad Eterna sobre tan digno y celoso Pastor.

“Sí, Ilustrísimo Señor, bien conoce vuestra augusta Patrona nuestros votos y deseos: el sentimiento de la más

profunda gratitud quedará siempre unido al recuerdo de este alegre día, acrecentando y encendiendo más y más en nuestros corazones esa antigua fe católica que traspasó los mares descubriendo un nuevo mundo para Dios y para España.

“Hijas fieles de esa Santa Madre, que nos conduce desde la cuna hasta el cielo, será nuestro mayor anhelo vivir y morir en su seno exclamando como la incomparable Teresa de Jesús: Al fin, Señor, soy hija de la Iglesia.”

Fielmente cumplí con el encargo, cuando, poco tiempo después, presenté al Vicario de Jesucristo vuestros dones y los de la casa de México. El álbum que vosotras le mandasteis fué cuidadosamente examinado por sus augustos ojos. Le agradó sobremanera la preciosa tiara de filigrana que le fué ofrecida por vuestras hermanas de la Capital de la República. Tres veces dichoso me consideré á mí mismo por haber sido escogido para hacer regalós tan bien aceptados, y por ser el canal por donde sobre vosotras y sobre todas las casas del Sagrado Corazón, se han derramado esta vez las bendiciones del Pontífice Supremo.

Confío en que esas bendiciones os alcanzarán del Señor innumerables gracias y os librarán de todo mal. Puedo aseguraros, por ahora, que las simpatías de todas vuestras hermanas del mundo entero, se dirigen á vosotras con singular predilección. Casi no hay hija del Sagrado Corazón que no desee venir á México; y si á todas se escuchara, se despoblarían de cierto las casas de Barcelona y Zaragoza, las de Madrid y Chamartín; quedarían incompletos los cuadros de Florencia y de Roma; faltarían en París profesoras que mandar á otras regiones.

No hablo, de propósito, de otras casas más cercanas, que casi se quedaron solitarias para poblar nuestros Colegios de México.

Yo os felicito y me felicito á mí mismo por tantas pruebas de amor y de fraternidad. Yo os deseo igual prosperidad que la que alegra á los establecimientos que he visto. Que reine aquí siempre la santa paz y caridad, el espíritu de unión, el amor al estudio, de que he sido testigo dondequiera. Que no sólo prosperen vuestras escuelas, sino que podamos ver florecer bajo vuestro amparo las piadosas asociaciones, que ya han empezado á surgir entre vosotras, y que en otras partes tan magníficos resultados producen. Que llegue á ser nuestra casa tan espaciosa, que pueda estar todo el año abierta á las Señoras del mundo que quieran retirarse á practicar los ejercicios de San Ignacio. Que las nuevas vías de comunicación sirvan para traer con frecuencia predicadores y misioneros celosos, varones apostólicos, como el que con tanto gusto mío y provecho vuestro os visitó durante la Semana Santa, confesores doctos y guías espirituales en mayor abundancia que los que ha podido proporcionaros hasta aquí vuestro indigno Padre y Pastor. Ruego, sobre todo, al Señor, que el fruto de la brillante y cristiana educación que aquí estáis recibiendo, no sólo no se pierda cuando volváis ¡oh niñas! al mundo, sino que fructifique y produzca ciento por uno y salve á nuestro desdichado país del torrente de impiedad que sobre él se ha desbordado.



DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
DE NIÑAS DEL SACRADO CORAZÓN DE JESÚS DE SAN
LUIS POTOSÍ, EL 25 DE JULIO DE 1889.